

Fué de corta duracion. Arrepentido Francisco Armando del mal por él causado y de las consecuencias que podia reportar, renunció su cargo, y otro prior, Jacobo de La Tour, ocupó su puesto y terminó con sus ejemplares disposiciones la guerra comenzada.

Así es como Rancé moribundo casi, vió cruzar por delante de él y dibujarse en el cuadro por su mano bosquejada, los perfiles de tres sucesores encargados cada uno de continuar la obra empezada por su dolor, su esperanza y su remordimiento.

## V.

### SU MUERTE.

En esto, ya Armando de Rancé se acercaba al término de sus fatigas.

Hemos asistido al poema de su vida; justo es que asistamos al drama de su muerte.

Tiempo hacia ya que le molestaba un reumatismo que se habia apoderado de casi todo su cuerpo y que acabó por fijársele muy particularmente en el brazo y en la mano izquierda. Formósele un tumor, hízosele una incision y se le creyó salvado. Pero no tardó el brazo derecho en seguir á su compañero, al propio tiempo que una tos violenta no le dejaba reposar y que su enfermedad se complicaba con otras varias.

Postrado por tantos males juntos, veíase condenado desde las dos de la mañana hasta las siete de la noche á permanecer casi inmóvil en una silla de paja.

Ahora bien, segun un autor que la ha visitado, es preciso saber que la enfermería de la Trapa es una soledad en medio de la soledad, una especie de tum-

ba donde los monjes, amortajándose vivos, no tienen comercio alguno con los hombres. El silencio es allí espantoso porque no está endulzado por ningun ejercicio comun que remueva el alma. Rezar solo, vivir solo, comer solo, trabajar solo, sufrir solo, he ahí la vida del trapense enfermo.

La enfermedad de Rancé fué una larga y prolongada agonía. Sin embargo, á pesar de su estado de estrema debilidad, asistia todos los dias á la misa sostenido por un converso y á menudo se le oia decir en voz baja, durante la santa comunión: *Christe Salvator mundi, miserere mei.*

El reloj de su vida iba á dar su postrer campanada. Jacobo de Latour creyó deber hacer advertir de ello al obispo de Seez, y este prelado corrió á la abadía para volver á ver aun una vez en la tierra al amigo que el cielo le iba á arrebatár.

Halló al moribundo sentado en su acostumbrada silla, tranquilo el ánimo y libre el espíritu. Quiso Rancé levantarse al ver á su amigo para estrecharle en sus brazos, pero volvió á caer sobre su asiento. Demostróle empero su alegría de tenerle allí en su última hora y pidió confesársele á él de todos los errores de su vida entera.

Terminada su confesion, se volvió hácia el obispo y le dijo con voz dulce:

— Ya es tiempo de prepararme la paja y la ceniza á fin de que muera en la penitencia como han muerto mis hermanos.

Se le trajeron ceniza y paja y se le acostó encima.

Los religiosos sus hermanos entraron entonces en la habitacion deshechos en llanto. El abad de Rancé se incorporó sobre su lecho de muerte y dirigió á los presentes con voz moribunda una tierna alocucion impregnada, dice un biógrafo, de las luces divinas que comenzaban ya á iluminarle.

Los salmos de los agonizantes empezaron.

El obispo de Seez que estaba junto á él de rodillas tenia una de sus manos entre las suyas, repitiendo por intervalos algunos versículos de los salmos que Rancé acababa con tanto fervor como unción.

Llegó un momento en que su voz se debilitó de tal modo que se le creyó muerto, pero recobrándose, dijo con voz oscura.

— O eternidad! qué dicha, ó Dios mio, de estar toda una eternidad con Vos!

Presentósele entonces un crucifijo y lo besó lo propio que una calavera que habia al pié de la cruz.

Sin embargo, la excesiva debilidad de sus fuerzas hizo comprender que

su fin estaba próximo. M. de Seez acercó nuevamente la santa imájen del Cristo á los labios del moribundo, y le dijo:

— Hermano, no pedís perdon á Dios? me conoceis?

— Hermano, — respondió, — del fondo de mi corazon suplico á Dios que me absuelva de mis pecados por grandes que hayan sido. Tiemblo ante su justicia, pero me ha dado por su misericordia toda la confianza que un hijo debe tener en la bondad de su padre.

Se detuvo al llegar aquí, y un momento despues prosiguió:

— Conjuro al Dios todopoderoso, al padre de las misericordias, al Dios de todo consuelo, por todos los méritos de la sangre de Jesucristo, que se digne recibirme en el número de los que ha destinado á cantar sus alabanzas y á amarle eternamente. En cuanto á vos, — dijo al obispo, — no os olvidaré si Dios me concede esta gracia, y os conozco perfectamente.

M. de Seez, viendo que su debilidad redoblaba, preguntó si se habia tenido cuidado de hacerle tomar alguna bebida fortificante.

— Nada se ha escapado á la atencion de la caridad de mis hermanos por mí, — respondió el abad; — han proveido todas mis necesidades y esto es lo que me ha conservado este resto de vida, que me procura el consuelo de preparar mi alma para presentársela á Dios.

A partir de este instante, ya no pronunció mas que palabras inarticuladas. Entonces tuvo lugar esta especie de diálogo entre el obispo y el moribundo:

— El Señor es mi luz y mi salud, — dijo M. de Seez.

— Qué es lo que temer puedo? — prosiguió Rancé.

— Cuando se me ofrecerá un combate, — replicó el obispo.

— Pondré en él toda mi confianza, — añadió Rancé.

— Venid, Señor: venid, Jesus; vos sois mi protector y mi libertador, — interrumpió nuevamente el obispo.

— Señor no tardeis ya mas, — replicó con un supremo esfuerzo el abad, — apresuraos, apresuraos en llegar!

Fueron sus últimas palabras.

Habiendo M. de Seez reparado que se habia cerrado la puerta de la habitacion, llena ya casi de religiosos, por el temor de que el enfermo no fuese incomodado, suplicó que se abrieran todas las puertas para dejar á sus hijos el consuelo de recojer los últimos suspiros de su padre.

El abad le dió gracias con una señal; en seguida, con un recojimiento profundo, fijó sus ojos en el crucifijo, arrojó algunos suspiros y espiró.

Armando de Rancé tenia entonces setenta y cuatro años, treinta y seis y

cuatro meses de profesion y cinco y cuatro meses de dimision voluntaria.

Su rostro abatido, pálido y desfigurado por la austeridad de su penitencia y por la prolongacion de su agonía, apareció sereno y coloreado como en los dias de su juventud así que le hubo herido la muerte. Una dulzura inefable y una majestad casi divina se reflejaron en su rostro de donde habia desaparecido el sufrimiento.

La tarde de su muerte, por orden de monseñor el obispo de Seez, el cuerpo del ilustre difunto fué llevado al coro, sin mas señal de distincion que un báculo de madera que se puso entre sus brazos. Mientras que estuvo espuesto, el coro no quedó solo un momento.

Deliberóse sobre si seria enterrado en la iglesia ó al menos en el capítulo, pero se decidió que dormiria su sueño de muerte en la huesa que él mismo se habia abierto en medio del cementerio de sus hermanos.

Enterrósele, pues, segun habia deseado, en medio de sus discípulos, sin llevarse á la tumba honores, distinciones, nada, nada mas que su humildad y su pobreza.

## VI.

### LOS TRAPENSES.

YA lo hemos dicho, la historia de la abadía de la Trapa se reasume casi toda entera en la historia de la vida de Armando de Rancé, el Bernardo de su época.

Muerto el reformador, la Trapa se amortaja en la soledad de su desierto y cae en el olvido.

Continuó en ella sin embargo la reforma en todo su vigor hasta 1791, año en que la Asamblea nacional francesa decretó la supresion de las órdenes mo-